

# El tratado URSS-USA de limitación y vigilancia de las explosiones nucleares

EL tratado de limitación de pruebas nucleares subterráneas con fines pacíficos entre Estados Unidos y la Unión Soviética estaba tardando en firmarse. El Presidente Ford lo posponía. Ford está realizando una campaña electoral basada en la tendencia del electorado hacia la derecha, y a las críticas de la política de amistad —o de cooperación— con la Unión Soviética. Su rival Reagan aprovecha cada ocasión de atacar a Ford en este punto. Es curioso que la ceremonia —realizada simultáneamente en la Casa Blanca y en el Kremlin, por Ford y por Brejnev— no se haya celebrado hasta que Ford ha obtenido una ventaja muy visible en las elecciones primarias sobre Reagan. Y que utilice la firma del tratado para mostrar que un aspecto primordial de su política extranjera es "apartar la sombra de la guerra nuclear", como ha dicho.

En realidad, el tratado no cita las armas atómicas, sino la utilización pacífica de la fuerza nuclear explosiva. Se trata de que las explosiones no puedan superar las 150 kilotoneladas y que deban ser anunciadas con anterioridad: técnicos y observadores de cada país podrán asistir y verificar las explosiones que produzca el otro. De esta manera nunca una explosión con fines militares podrá ser encubierta, cuando sea detectada, como una operación pacífica —excavación de túneles o minas, desviación de cursos de ríos, etcétera—. La URSS ha sido opuesta siempre a la vigilancia extranjera sobre sus operaciones nucleares de cualquier índole, aludiendo a la posibilidad de espionaje del otro país.

Durante la ceremonia, Brejnev pronunció un discurso que se interpreta como una presión sobre los Estados Unidos para que sigan adelante las negociaciones sobre asuntos más sustanciales de la política nuclear mutua. "Todavía hay problemas sin resolver", ha explicado. El problema esencial sin resolver es el de la continuación de las conversaciones para la limitación de armas estratégicas, que se prosigue desde hace años. "El tratado —ha dicho Brejnev refiriéndose al que se acaba de firmar— es un eslabón más de la cadena de medi-

das encaminadas a contener la carrera de armamentos con vistas a suprimir totalmente los experimentos con armas nucleares".

Esta supresión parece todavía utópica. Las dos naciones nucleares continúan ensayando y produciendo armas de mayor nivel destructivo. Y en los dos países hay grupos de presión muy interesados en continuarlas. Tanto en la URSS

dicho muchas veces que la limitación de ensayos obedece más que a razones humanitarias o pacifistas a un acuerdo económico que los dos Gobiernos querrían hacer para salvaguardar sus presupuestos de los enormes gastos producidos por este sistema de la carrera de armamentos. Incluso en este aspecto se está dando una batalla política y paramilitar: los medios de la indus-

tría militar-política de los Estados Unidos sostienen que obligar a la URSS a mantenerse al día en la carrera de armamentos significa obligarla a reducir su presupuesto para otras atenciones, no elevar el nivel de vida de sus ciudadanos e impedir la entrada en una era de economía de consumo que insuflaría una nueva vida a la sociedad soviética: con todo ello se logra una continua disensión de sus ciudadanos con los dirigentes políticos y militares, y se quebranta el régimen. Esto es, se erosiona al comunismo como sistema capaz de producir al mismo tiempo una socie-



como en los Estados Unidos hay altos personajes que suponen que interrumpir la experimentación nuclear dará ventaja al enemigo en potencia y que, puesto que la guerra no deja de ser una posibilidad, es interés de la nación —de cada nación— continuar el rearme. Otros grupos tienen intereses menos patrióticos. Si en la URSS, el grupo científico militar mantiene una serie de privilegios y poderes gracias a este rearme que no cesa, en los Estados Unidos, los miles de millones de dólares de la producción de armamento nuclear mueven gran parte de la industria militar. Se ha

tría militar-política de los Estados Unidos sostienen que obligar a la URSS a mantenerse al día en la carrera de armamentos significa obligarla a reducir su presupuesto para otras atenciones, no elevar el nivel de vida de sus ciudadanos e impedir la entrada en una era de economía de consumo que insuflaría una nueva vida a la sociedad soviética: con todo ello se logra una continua disensión de sus ciudadanos con los dirigentes políticos y militares, y se quebranta el régimen. Esto es, se erosiona al comunismo como sistema capaz de producir al mismo tiempo una socie-

dad fuerte y simultáneamente una sociedad satisfecha. Podrán creer algunos de estos economistas de guerra que las últimas y expresivas dimensiones interiores en la URSS proceden de esta imposibilidad de mejorar las condiciones civiles, lo cual la obliga a mantener con dureza la disciplina de dictadura para evitar las protestas. Esa situación alcanzaría a todos los partidos co-

En cambio, el rearme permanente favorecería la situación interior de Estados Unidos. Dado que el material de guerra está fabricado por empresas privadas, el beneficio de éstas se reinvierte en el país, y se producen interesantes y bien remunerados puestos de trabajo. La paralización en la fabricación de armas —nucleares o convencionales— o simplemente su disminu-



La firma del tratado de limitación de pruebas nucleares en Washington y Moscú simultáneamente parece indicar sobre todo que la política de distensión entre ambas potencias no ha quedado interrumpida y que la derecha belicista que representa en USA un Ronald Reagan no lo es todo en la política interior de este país.

ción acarrearía una pérdida de puestos de trabajo y de beneficios para numerosas industrias grandes y medianas. El hecho de que este dinero esté siendo extraído de unos impuestos muy elevados, cuya disminución redundaría en favor del país, no parece ser muy tenido en cuenta. Como tampoco la posibilidad de reconvertir esta industria de guerra en industria de paz. Según los economistas de guerra, esta reconversión haría volcar nuevos productos de consumo sobre la sociedad de los Estados Unidos, y causaría un gran desequilibrio con respecto a la situación actual.

Con formas o disfraces nuevos, se trata de un viejo pensamiento económico que tiene vigencia desde hace muchos años. Recordemos la circular de un Banco en los tiempos de la guerra búlgaro-turca: "La guerra que ahora empieza no constituye ninguna catástrofe: por el contrario, abre muy bellas perspectivas. Los beligerantes tendrán que hacer gran consumo de material y municiones. El material que emplearán pondrá de manifiesto imperfecciones y defectos graves; y, como suele hacerse en otros ejércitos más importantes, la experiencia empujará a los grandes Estados a renovar sus armamentos. Por consiguiente, se presenta una buena perspectiva de trabajo para la industria y para los capitales... Este es nuestro pensamiento, desprovisto, ciertamente, de toda consideración sentimental". (Citado por Marcelle Auclair, "Jaurès", Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1975.)

La diferencia es mínima. Una primordial es la de que los grandes

países no tienen necesidad de entrar en guerra gracias a la aceleración geométrica de la ciencia, que inventa armas continuamente nuevas y más perfeccionadas, de forma que las anteriores se "consuman" —el armamento es un gran ejemplo del consumismo, quizá el máximo: aquello que se inutiliza antes de llegar a ser utilizado— y por lo tanto la mejora industrial se haga sin riesgo de destrozo y de posibles derrotas. Pero una identidad es la de las guerras localizadas, y en este caso la reciente de Vietnam o la continua y latente del Oriente árabe son grandes equivalencias de la guerra búlgaro-turca de los capitalistas antepasados de los actuales. Con la ventaja de que todo el material convencional está siendo vendido a esas zonas locales por las grandes potencias —incluida la URSS— de forma que se consigue la venta sin exponerse al riesgo.

El tratado entre los Estados Unidos y la URSS que acaba de ser firmado —pero que necesita ser ratificado por el Senado de los Estados Unidos, lo cual puede producir algunos debates interesantes— no tiene, por lo tanto, gran interés en sí mismo. Su mayor importancia está en el hecho de que efectivamente haya sido firmado, lo cual tiene significación en el sentido de que no ha podido ser interrumpida totalmente la política de distensión entre los dos grandes países, y la de que no toda la política interior de los Estados Unidos se hace en el sentido de la derecha belicista que todavía representa Ronald Reagan. ■ **JUAN ALDEBARAN.**

# La Capilla siXtina

## FREUD Y YO

**Y**A les conté que unos jóvenes psiquiatras de Palencia, muertos de aburrimiento por las guardias nocturnas, se entrevistaron escribiéndome una carta impregnada de tecnología en la que terminaban por preguntarme: "Pero, bueno, Sixto, ¿te acuestas con Encarna o no?". Ahora me llega otra freudanada. Resulta que mis relaciones con Encarna traducen pulsiones de copulación con la extrema izquierda, que yo reprimó, y aquí empieza el problema: ¿por qué las reprimo?

—Tal vez —aventura mi interlocutora— se reconoce usted "a priori" impotente, y, condicionado por un fuerte sentimiento estético, no quiere ponerse en ridículo. Recuerde el Falstaff de Shakespeare: "¿Por qué el deseo sobrevive a la potencia? ¿Qué humana condición está?".

—¿Y cómo se copula con la extrema izquierda?

—Muy interesante su pregunta, muy interesante.

—Si quiere me tumbo en el sofá.

—No le vendría mal un tratamiento terapéutico a base de psicoanálisis.

—Señora, sólo acepto una enfermedad psicológica: la depresión, y la acepto porque la conozco, porque la tengo. Y creo que hay terapias elementales para combatirla.

—¿Por ejemplo?

—Comprarse una corbata.

—Interesantísimo. La corbata es un símbolo fálico por excelencia.

—No. Yo no me compro una corbata. Pero tengo un amigo crítico literario que en cuanto se deprime se compra una corbata. Yo me guiso unos riñones al jerez o una merluza a las uvas. Otras veces me da por tomarme una botella de Barolo a las tres de la madrugada o dos copas de oporto de diez años. Le aseguro que se me pasan las depresiones. En definitiva, es siempre una cuestión de tacones postizos, y no es indispensable tumbarse en un sillón y rescatar de la mediocridad recuerdos que adquieren una importancia prefabricada.

—Muy bien. Su frustración al autorreconocerse insuficientemente de izquierdas...

—¿Qué quiere decir ser suficientemente de izquierdas? El día en que aceptamos que a partir de utilizar un vocabulario de más de cinco mil palabras estamos en condiciones de mentirnos mejor a nosotros mismos mintiendo a los demás, habremos dado un gran paso. La estética-ética legisla lo que es suficiente o insuficiente en el compromiso político. Comprendo que sea ético-estéticamente más estimulante ser un clochard maolista que un miembro de la célula de farmacéuticos del PCF, sección territorial del Marais.

—No hay duda, usted también es de los que están por encima de las cinco mil palabras.

—Debo ir a por las nueve mil doscientas cuatro.

—Pero, dígame, en cuanto a Encarna se refiere...

—¿Qué?

—¿Se la tira o no se la tira?

Estos psiquiatras no saben pensar en otra cosa. ■

**SIXTO CAMARA**